

DANIEL DÍAZ MANTILLA
El salvaje placer de explorar

bokeh ✱

© Daniel Díaz Mantilla, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-35-4

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

UN DÍA EN MONTAUK POINT

It's fixed and would appear unalterable. However, this does not mean that we are all relegated to being hopeless slaves of time manipulators. The subconscious has its automatic or hypnotic levels, but it also contains the seeds of freedom: dreams. If one can dream something, it can be brought into being.

Preston Nichols

Había comenzado a amanecer. El sol no asomaba aún por el horizonte y en el cielo gris de la madrugada, indiscernibles casi, un par de luceros brillaban todavía, como intentando con su leve resplandor alargar un poco más la gélida noche de inicios de la primavera. Pero las nubes se coloreaban ya de púrpura y en la avenida los faroles empezaban a apagarse uno tras otro. Alicia miraba sin interés, ante ella todo transcurría como de costumbre: la algaraza de los pájaros entre el follaje de los árboles, el retorno gradual de la claridad, los ruidos cada vez más frecuentes de la pequeña urbe desparezándose en las afueras de la gran ciudad. Del otro lado del cristal de su ventana, el suburbio comenzaba sin sobresaltos el día, casi mecánico, y los eventos se sucedían como siguiendo un viejo guión bien ensayado.

Era la misma escena de cada mañana y, sin embargo, Alicia tuvo la súbita certeza de que el mundo –ese mundo estable y en apariencias feliz, su mundo– iba a cambiar de un momento a otro, drástica e irreversiblemente. Fue como si una señal de alarma se disparase en su interior, como si una luz roja empezara a parpadear en algún rincón de su inconsciente. No sabía qué, pero intuía que algo estaba a punto de ocurrir, algo grande, muy grande tal vez, y temió que nada volvería a ser como hasta entonces había sido.

Con la frente apoyada en el cristal y una leve angustia agitándole el pecho, miró las calles sumidas en la semipenumbra y bostezó, tanteando los ecos de ese extraño sentimiento que la embargaba e intentando hallarle alguna justificación. Era demasiado intenso para ignorarlo, pero no lograba descubrir por qué afloraba justo ahora, cuando todo parecía ir tan bien.

A su hora habitual, los carros de limpieza irrumpieron en el barrio con sus luces giratorias, sus escobas y sus regaderas. «Es un día igual a cualquier otro –pensó–, nada extraordinario va a pasar», mas no logró tranquilizarse.

Poco después, cuando los anuncios lumínicos animaban ya las vidrieras de los establecimientos y las familias salían a prisa de sus casas, Alicia regresó a la cama. Era tarde para volver a dormirse, pero tal vez un minuto más entre las sábanas la ayudaría a borrar esa inquietud repentina, ese indefinible pesar que la agobiaba.

–¿Te sientes mal? –preguntó Jorge al abrazarla.

Ella se dejó yacer junto a su esposo, respiró su aliento cálido y negó con un gesto. En silencio y casi contra su voluntad, le venían a la mente como imágenes muy diáfanas las más terribles posibilidades –guerras, terremotos, epidemias–, todas improbables, todas absurdas y, no obstante, todas oprimiéndole el corazón en dolorosos sobresaltos. «¿O será acaso que algo va a ocurrirnos *a nosotros?*», dudó, y un temblor brusco sacudió su cuerpo.

–¿Qué te pasa? –insistió Jorge.

—No es nada —murmuró Alicia y descansó la cabeza en su pecho.

Así estuvo, escuchando el rítmico latir del corazón de Jorge, respirando su olor y tratando de alejar de sí los malos pensamientos que la asediaban, hasta que el sol irrumpió por fin en la habitación y fue hora de levantarse para llamar a los niños.

La semana anterior, Jorge les había prometido llevarlos de picnic a la playa y Wendy se entusiasmó con la idea: aprovecharía la excursión para recoger caracoles y guijarros con los que haría luego una de sus graciosas «obras de arte». La niña había contado los días, y a medida que se acercaba la fecha, su euforia iba en aumento. Alicia sonrió al pensar en ella, Wendy mostraba un singular parecido con su padre, no sólo físico, sino también en los gustos y el carácter. George, en cambio, no se parecía a nadie. Era retraído, demasiado reservado y, para quienes no lo conocían, daba la impresión de ser un muchacho triste. Con apenas doce años, se adivinaban en él los primeros síntomas de una adolescencia problemática. A Alicia le preocupaba esto, pero no había manera de cambiar su temperamento, y aunque Jorge y ella se esforzaban para darle una vida estable aquí, sin conmociones ni disgustos innecesarios, sabía que ser inmigrante, incluso para un niño, significaba vivir todo el tiempo entre problemas. Trataban de ayudarlo sin protegerlo demasiado, porque a fin de cuentas era el propio George quien tenía que adaptarse.

—Al menos a ellos les será más fácil —decía Jorge, recordando los meses difíciles que siguieron a su llegada: el invierno, las dificultades para aprender el idioma, aquella frecuente sensación de que pertenecían a una especie distinta de humanos, casi inferiores, casi culpables. «A ellos les será más fácil», repitió Alicia para sí mientras avanzaba por el pasillo.

Abrió sin ruido la puerta y se detuvo a mirarlos. Dormían, y Alicia tuvo de nuevo aquella premonición absurda: una palpitación, un desasosiego súbito, como si algo oscuro e invisible se moviese

en el fondo de su mente, abriéndose paso a través del bloqueo de su conciencia y pujando por salir a la luz. Imaginó un volcán en erupción, un chorro de lava y fuego, una fuerza brutal estallando de golpe tras años de acumularse lentamente. Jorge llegó junto a ella, ciñó su cintura y la besó en el cuello.

—Son dos preciosos volcanes —dijo—, ¿los despertamos ya?

Alicia se estremeció por la coincidencia, pero no dijo nada. Descorrió las cortinas, llamó a los niños y fue a vestirse. Jorge preparó el desayuno mientras los demás se arreglaban. Todos parecían de buen ánimo, incluso George, que se ofreció para acomodar los enseres en el auto, y en poco más de media hora estuvieron listos.

Conduciendo hacia el este, salieron de West Babylon y dejaron atrás la intersección que siempre tomaban cuando iban a las playas del sur. Jorge no paraba de cantar y hacer cuentos. Sabía que sus hijos estarían preguntándose adónde los llevaría esta vez, pero era una sorpresa.

—Ni siquiera mamá lo sabe, sólo yo —les había dicho, y Alicia se adhirió con gusto a su juego, pensando que a los niños les vendría bien conocer más de ese enorme país donde tendrían que crecer. Era conveniente ampliarles el horizonte, darles toda la confianza y la fuerza necesarias para que un día, de manera natural, llegaran a verlo como suyo y no sintieran, como sus padres, que un pedazo de su historia se había perdido para siempre y que habitaban un tiempo prestado, inmerecido casi, en un lugar al que no pertenecían.

Alicia y Jorge cantaron a dúo una vieja canción de los Platters. Afinaban pésimamente y todos se rieron, mas no importaba. Nada importaba tanto como esa alegría que la vida volvía a regarles: era una segunda oportunidad, una esperanza, y no iban a estropearla con discusiones pueriles.

Al pasar por East Hampton la inquietud de los niños era ya irresistible. Aflautando la voz, Jorge tarareó una fanfarria.

—Señoras y señores —dijo—, bienvenidos a Montauk.

Pero Montauk era sólo un pueblo más, pequeño e irrelevante como otros que habían dejado atrás en su camino, y George se sintió un poco defraudado. No se los hizo saber, no quería molestar a sus padres que rara vez se veían tan radiantes. Sólo se reclinó en su asiento, se acomodó los audífonos y se dispuso a pasar un día tedioso.

Eran casi las diez. Jorge guió su auto hacia la rampa de una gasolinera y anunció que se detendrían un momento.

—¿Falta mucho? —preguntó Wendy, que empezaba ya a cansarse.

—No mucho —respondió él.

Alicia entró con los niños a la cafetería mientras Jorge llenaba el tanque y parqueaba. Era un local agradable. Desde las mesas de la terraza, protegidos por un toldo y disfrutando de la brisa, podían ver una amplia franja del océano y las velas que desafiaban el oleaje mientras el sol ascendía en un cielo sin nubes. Pidieron refrescos y emparedados.

—¡Hace un día espléndido! —exclamó Alicia cuando Jorge llegó junto a ellos.

—Son ustedes quienes lo hacen espléndido —dijo él y la besó en la frente.

Si nueve años atrás, cuando recién llegaban, malheridos por un pasado terrible e incapaces de ver un resquicio de luz en el incierto futuro que se abría ante ellos, alguien le hubiese dicho a Jorge que viviría momentos como este, jamás lo habría creído. La vida había sido demasiado cruel con ellos, eran jóvenes, eran ingenuos, y la vorágine los había arrastrado en su violencia más allá de todo límite. «Somos víctimas —se decía Jorge—, nosotros también somos víctimas del terror». Y sin embargo, su cuerpo parecía tener conciencia propia, recuerdos propios, una manera muy distinta de ver las cosas: como si aquella violencia fuese su verdadera naturaleza, como si el arte de quebrar espíritus hubiese arraigado en él para siempre; y al mirarse las manos recordaba aquella etapa de su vida —el odio, la

saña, la certeza de ser dueño del destino de los otros—, y temblaba de arrepentimiento y culpa. «Somos víctimas —se decía—, aunque somos también victimarios», y el miedo al castigo se apoderaba de él con la misma fuerza con que entonces, tantos años atrás, lo embriagaran el olor de la sangre y el poder inapelable que actuaba por sus manos.

Pero aquí estaban ahora, muy lejos ya de todo aquello, libres contra todo pronóstico, venciendo: Alicia sonreía otra vez después de tantas angustias, George era ya casi un hombre y la pequeña Wendy, que les naciera durante el segundo año de su estancia en Norteamérica, crecía ajena al horror que ellos tuvieron que vivir. «Quedan secuelas, sí —pensó Jorge—, siempre habrá secuelas, porque las huellas del pasado nunca se borran totalmente». Y respiró profundo, llenando sus pulmones con el olor del océano. «¿Qué más puedo pedir?», se preguntó, satisfecho.

Después de la merienda continuaron viaje. El faro de Montauk Point se alzaba junto a la costa sobre una colina discreta: una torre octogonal pintada de blanco y pardo, gastada por el tiempo y el mar, con la base roída y reparada muchas veces desde que, en la primavera de 1797, el operador Jacob Hill encendiera por primera vez sus linternas de aceite de ballena. Allí estaba aún, con su nueva lámpara automática y su orgullo incólume, el primer faro de Nueva York, irguiéndose a más de cincuenta metros sobre el agua y orientando el paso de los barcos hacia el estrecho de Long Island.

—Es un sobreviviente —dijo Jorge—, un vencedor como nosotros.

Escuchándolo hablar, Alicia pensó en los incontables obstáculos que habían tenido que sortear, las tantas veces que el mundo pareció cerrarse ante ellos; y recordó la fe de Jorge, su insistencia en que lo lograrían, su apoyo. Entonces comprendió la razón por la que los había traído a ese lugar.

—Un vencedor como nosotros —murmuró y sonrió orgullosa.

Jorge detuvo el auto y bajaron. El viento soplaba con fuerza desde el Atlántico y levantaba crestas que iban a romper sobre la

playa rocosa. Un grupo de muchachos practicaba surf. El antiguo faro y la infraestructura militar de Camp Hero, abandonada ya por el ejército, eran ahora parte del parque estatal y la gente solía venir a recrearse. Pescadores, bañistas, vecinos de los pueblos cercanos y hasta turistas de otros rincones del planeta, interesados en la historia del lugar, caminaban por sus senderos.

El ambiente era apacible. Entre la vegetación que comenzaba a verdear después del invierno podían verse aún los viejos búnkeres de hormigón, el radar mohoso, las baterías de cañones instaladas durante la guerra: restos de un pretérito sombrío, como testigos de un tiempo de destrucción ya lejano y definitivamente superado. Sin embargo, Alicia sintió otra vez la proximidad de un cambio. Miró a sus hijos caminar animados de la mano de Jorge, atentos a sus interminables historias, riendo de sus bromas; y recordó el chasquido de la electricidad sobre la carne quemada, el olor nauseabundo de la sangre, la embriagadora sed de muerte y vejaciones, esa sed que tantas veces había sentido crecer en su garganta mientras escuchaba los gritos, los gritos salvajes de los torturados y los torturadores, revueltos en un mismo frenesí de dolor y poder, de odio y lujuria... Todo volvía ahora a su memoria, confundido y amplificado por esa rara sensación de angustia; sentía la cercanía de un cambio imprevisible, como si ese equilibrio, esa felicidad que habían logrado al cabo de tantos sufrimientos, fuese sólo un espejismo, un sueño fugaz presto a esfumarse para dejarlos desnudos, acorralados e indefensos ante la ira sin límites del hombre, aquella ira que ellos mismos habían cultivado.

Jorge notó que Alicia se quedaba atrás y regresó a buscarla mientras los niños corrían hacia la playa.

—¿Qué te ocurre —preguntó—, te sientes bien?

—Son las piernas que me duelen —mintió ella—. Debe ser la humedad, hay demasiada humedad aquí.

Jorge la tomó del brazo y la ayudó a descender por el empinado camino que bajaba hasta la orilla. Sentados sobre una roca, tomaron

el sol y hablaron hasta que George se aburríó de recoger caracoles y quiso subir a la torre del faro. Su padre fue con él y Alicia se quedó cuidando a Wendy, que entre los caracoles y los guijarros había encontrado un curioso artefacto.

Era un pequeño cilindro, una especie de balón de acaso una pulgada de largo y cinco milímetros de diámetro, con un agujero transversal en cada punta. Alicia supuso que se trataba de un rodillo de cojinete, quizás parte de alguna pieza abandonada por los militares, pero le llamó la atención que el metal, muy bruñido y lustroso, no se hubiese oxidado bajo la acción corrosiva del salitre. Parecía nuevo.

Escarbaron juntas y descubrieron más, todos iguales, tan ligeros que un puñado de ellos apenas pesaba en su mano.

Nunca habían visto algo así. Wendy estaba feliz con su hallazgo, pero a Alicia le empezaba a resultar extraño y sintió miedo. Envolvió los objetos en un pañuelo y los guardó en su bolso.

Ya se disponía a regresar en busca de Jorge cuando un hombre apareció en el sendero. No lo había notado antes, tenía la apariencia de un pescador, pero parecía llevar un buen rato allí, agazapado entre las piedras al borde del camino, espiándolas.

–You shouldn't dig too much –dijo el hombre–, God only knows what you could find¹.

Alicia tomó a Wendy de la mano y apuró el paso. Él apartó las piernas del camino y sonrió.

–This place is cursed –añadió en voz baja cuando Alicia pasó a su lado–. Some awful things have happened here in the past, and they might just start over once again².

¹ No deberían escarbar mucho. Sólo Dios sabe lo que podrían encontrar.

² Este lugar está maldito. Cosas horribles han ocurrido aquí en el pasado y podrían comenzar a suceder otra vez.

Ella no se detuvo. Sólo lo miró fijamente y aferrando la mano de su hija subió a la carretera. Jorge y George venían ya de regreso y se las tropezaron a la entrada del faro.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Jorge por cuarta vez en el día.

Alicia estaba pálida y nerviosa, las manos le temblaban y un sudor frío le humedecía la frente, pero no quiso hablar del asunto.

—Creo que es el hambre —dijo—. Ya es casi la hora de almuerzo.

Subieron al auto. George hubiese querido ver todavía el museo militar, pero su padre le prometió volver en otra ocasión. Comieron pizzas en Montauk y regresaron a casa.

—Mamá, enséñales lo que encontramos —pidió Wendy cuando llegaron.

Alicia desató el pañuelo y lo puso sobre la mesa. Jorge tomó uno de los cilindros y lo examinó atentamente. Era tan ligero que apenas notaba su peso.

—Parecen tan nuevos —comentó George—, ¿cuánto tiempo llevarían allí?

—Yo los descubrí —se ufaná Wendy—. Estaban enterrados en la playa.

—¿En la playa? —murmuró George y acercó una lámpara—. Increíble —dijo—, tendrían que haberse oxidado. ¿Qué metal será este, papá?

Alicia los dejó y se fue a la cocina. Eran pasadas las cinco de la tarde, el sol descendía ya sobre los techos del pueblo y la gente regresaba a sus casas tras una jornada de trabajo. Pronto comenzarían a encenderse los faroles del parque y las aves volverían a sus nidos. Asomada a la ventana, miró largo rato la calle y pensó otra vez en esa absurda premonición que la mantuviera tensa todo el día. Le pareció ahora tonta, un simple juego de su mente atolondrada, y se dijo que no debió haberle dado importancia.

Jorge se asomó a la puerta y la llamó.

—Tenemos algo para ti —anunció.

Ensartando los cilindros con un sedal de pesca, los muchachos habían hecho un brazalete. Wendy se lo colocó mientras George le ajustaba el broche de una vieja cadena.

–Gracias –dijo sorprendida Alicia–, es preciosa. ¿Y por fin supieron de qué eran todas esas piezas?

–Creo que son pasadores –conjeturó Jorge–, o algún tipo de ejes... En fin, no sé de qué serían. Tal vez estaban allí para esto –añadió con una sonrisa pícaro–, ¿no te parece?

Alicia asintió y volvió a mirar su brazalete. Sus propios hijos lo habían hecho para ella y se veía bien en su mano, pero le preocupaba la advertencia de aquel hombre: algo terrible había ocurrido en Montauk Point y quizás esos objetos guardaban alguna relación con el asunto. «O será algún loco», pensó para tranquilizarse. En todo caso, indagaría en la web a ver qué encontraba, aunque no iba a defraudar a su familia rechazando su regalo. Besó a los niños y volvió a agradecerles.

Esa noche, cuando por fin los muchachos se durmieron, buscó en el ordenador y se sorprendió al hallar una serie de artículos que involucraban a la base militar de Montauk con experimentos secretos. Se hablaba de viajes en el tiempo, de control mental, de extraños monstruos que aparecían en la playa y cosas por el estilo. Había incluso fotos, copias de documentos, libros escritos por personas que participaron en aquello. Alicia no le daba crédito a sus ojos.

–Mira esto –le dijo a su esposo–, necesito que veas esto.

Jorge leyó las páginas mientras Alicia le contaba lo que aquel hombre le había dicho. Luego se levantó de la silla y, sin hablar, caminó hasta la mesita de noche y tomó el brazalete.

–¿Quieres que lo bote? –preguntó.

–No –murmuró ella–, pero no sé qué pensar. Todo esto es tan absurdo y, sin embargo, he tenido unas premoniciones muy raras.

–¿Premoniciones?

Alicia se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar. Él dejó el brazalete junto al ordenador y la abrazó. Temblaba, y Jorge recordó los días de su recuperación, las crisis de pánico, las pesadillas, aquella sensación de que alguien los vigilaba todo el tiempo. Les había costado mucho recuperarse y ahora, de pronto, el terror regresaba.

–Nada va a cambiar, ya verás.

Alicia lo miró a los ojos con una mezcla de rabia y pánico. Odiaba cuando le hablaba en ese tono paternal; odiaba su superioridad, su arrogancia, esos argumentos ingenuos con que la ninguneaba. Intentó zafarse de su abrazo y Jorge la retuvo.

–Cálmate –insistió él–. Es normal que tengas miedo, pero hay que ser fuertes o lo perderemos todo: los niños, la vida que tenemos...

–Tú no entiendes –protestó Alicia.

–Sí entiendo, sí –murmuró sin soltarla–, a mí también me ocurre a veces. Es sólo que hemos sufrido demasiado y el pasado nos atormenta. Pero tenemos que dejarlo atrás, tenemos que mirar adelante. Piensa en todo lo que hemos logrado, eso es lo único que importa ahora, lo que logramos: nuestros hijos, nuestra casa; no los fantasmas del pasado. El pasado ya pasó, y nunca volverá, nunca.

Hizo una pausa para comprobar el resultado de sus palabras. Alicia se había cansado de forcejear y apoyaba con languidez la cabeza en su hombro. Lloraba aún, aunque parecía más tranquila. Le apartó el pelo del rostro y la besó en la frente.

–En cuanto a esos experimentos –añadió–, son sólo embustes, cuentos de camino para atraer a los turistas. ¿De verdad tú crees que se pueda viajar en el tiempo?

Alicia sonrió.

–Tienes razón –murmuró–, he sido una tonta –y respiró profundo, aferrándose mentalmente a Jorge y a los niños, intentando convencerse de que mientras estuvieran juntos nada malo podría suceder.

Pero una hora después, cuando ya habían apagado las luces y Jorge dormía junto a ella, Alicia volvió a sentir la misma premonición. Abrió los ojos, miró al techo y se preguntó qué podría ser aquello, cómo impedir ese peligro que se les venía encima, oscuro y siniestro como una sombra, como un viento helado robándoles la calma, despertando los demonios de un tiempo que creía ya vencido para siempre.

Se levantó sin hacer ruido y caminó hasta el clóset. Allí, oculta en el fondo de un estante, Jorge guardaba una pistola. Alicia la tomó en sus manos y se fue con ella a la ventana.

El pueblo dormía, las estrellas brillaban en el cielo nocturno y en el parque los árboles aguardaban inmóviles un nuevo amanecer. «¿Será un día como cualquier otro? –se preguntó–, ¿o será tal vez cuando todo ocurra?». Quitó el seguro del arma y se llevó el cañón a la boca. «En todo caso –pensó–, no me agarrarán con vida».